

La conmemoración de Nuestro Señor



La conmemoración de nuestro Señor

Hace unos 3600 años, se ordenó a Israel que tomara la sangre del cordero pascual y la untara en los postes de las puertas de sus casas, para luego entrar y permanecer allí durante el resto de la noche. Las instrucciones dadas a los israelitas eran claras y fáciles de cumplir.

Esto también nos sucedió a nosotros cuando aceptamos a Jesús como nuestro redentor personal y aplicamos simbólicamente la sangre en los postes de la puerta de nuestros corazones. Ese fue el comienzo de nuestro viaje.

LA NOCHE DE LA PASCUA

Esa noche, después de que el cordero pascual fuera sacrificado y la sangre aplicada en los postes de las puertas de sus casas, los israelitas entraron en sus hogares y cerraron la puerta. Ahora iban a comer el cordero pascual después de asarlo, y todos se unieron como una familia en esta tarea. Ilustraban cómo los hermanos en esta noche de la edad evangélica son reunidos por el Cordero de Dios y, bajo la sangre, participan del cordero, apropiándose del mérito de su sacrificio. Nos recuerda el Salmo 133, que dice: «¡, cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos habiten juntos en armonía!»

(Salmo 133:1). Israel, en sus familias, se reunió esa noche en una comunión santa, feliz y pacífica.

La parte más importante de esta ceremonia era la aspersión de la sangre en los postes de las puertas de las casas. Representaba la salvación por la sangre, que es el fundamento de toda la vida cristiana. Jesús, que «llevó en su cuerpo nuestros pecados en la cruz» (1 Pedro 2:24), es ese Cordero Pascual cuya sangre fue derramada para redimirnos. (1 Pedro 1:19). Jesús fue hecho «pecado por nosotros, que no conocimos pecado, para que fuésemos hechos justicia de Dios en él». (2 Corintios 5:21). Mientras Jesús estuvo en la tierra, prestó especial atención a los afligidos, los pobres, los ciegos, los lisiados y los leprosos. Toda la humanidad es beneficiaria del rescate, independientemente de su condición social. La sangre del Cordero hace posible nuestra conexión con Dios y entre nosotros. Él es el centro de la unidad.

LA NECESIDAD DE REUNIRSE

Jesús dijo: «Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». (Mateo 18:20). Somos reunidos por el espíritu santo, y Cristo es la razón de nuestra reunión. Tales reuniones se caracterizan por la santidad. El espíritu santo solo puede reunirnos a Cristo. No puede reunirnos a un nombre, una ordenanza, un sistema o una asociación, sino solo al Cristo glorificado en el cielo. Es un «pequeño rebaño» el que está siendo reunido. Jesús dijo: «Si alguno me ama, guardará mi palabra» (Lucas 12:32; Juan 14:23). La prueba de

nuestro amor por Jesús y por Dios está en hacer aquellas cosas que él nos manda hacer en su palabra. Aquellos que se entregan a Dios y siguen a Cristo no deben seguir queriendo hacer su propia voluntad, lo cual interfiere en la obra que Dios está haciendo en nosotros.

En la noche original de la Pascua, cuando todas las familias de Israel se reunieron en sus hogares, se congregaron alrededor de un cordero asado, un cordero que había sido sometido al fuego. Las instrucciones de Éxodo 12:8, 9 son muy explícitas: «Comerán la carne en esa noche, asada al fuego, y pan sin levadura; y con hierbas amargas la comerán. No lo comerán crudo, ni mojado en agua, sino asado al fuego; su cabeza con sus patas y sus entrañas».

El cordero asado ilustra cómo Jesús, el verdadero Cordero Pascual, se sometió a la acción del fuego, a las «pruebas ardientes» durante los tres años y medio de su ministerio. Esta era una parte tan importante de la ilustración que se le dijo a Israel que no lo comiera crudo ni empapado en agua.

ELIMINACIÓN DE LA LEVADURA

Las instrucciones para comer el cordero pascual también se aplican a nuestra participación en el Cordero Pascual mayor. Los israelitas debían comerlo con pan sin levadura. La levadura es un símbolo del mal y del pecado. Nunca se utiliza en la Palabra de Dios para simbolizar lo que es puro, santo o bueno. La fiesta que Israel debía celebrar junto con la Pascua se llamaba la Fiesta de los Panes sin Levadura. Como instruyó a Israel Éxodo 12:15:

«Siete días comeréis pan sin levadura; desde el primer día quitaréis la levadura de vuestras casas».

Esto tenía por objeto ilustrar la separación de Israel del pecado. El apóstol Pablo nos dice: «Quiten, pues, la vieja levadura» (1 Corintios 5:7). Pablo no dice: «Intenten quitar la vieja levadura». Más bien, se muestra firme al respecto y dice: «Háganlo». Nuestra carne puede interferir con tal programa. El apóstol lo reconoció cuando escribió: «Quiero hacer lo que es correcto, pero no puedo. Quiero hacer lo que es bueno, pero no lo hago. No quiero hacer lo que es malo, pero lo hago de todos modos. Pero si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Así que encuentro esta ley en funcionamiento: aunque quiero hacer el bien, el mal está conmigo» (Romanos 7:19-21). Sin embargo, debemos hacer todo lo posible por eliminar el pecado y el mal.

Israel debía hacerlo durante siete días. El siete representa la plenitud. El cristiano debe eliminar el mal de manera e e y vivir en santidad. Dios no puede tolerar el mal en los pensamientos, las palabras o los actos. Como nos recuerda el apóstol Juan, hablando de Dios: «Si decimos que tenemos comunión con él y andamos en la oscuridad, mentimos y no practicamos la verdad» (1 Juan 1:6). Más adelante dijo: «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros» (1 Juan 1:8). La carne sigue imponiéndose, pero con la ayuda de la gracia de Dios podemos mantenerla sometida. Juan continúa: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para

perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9).

Muchas veces, nos pillan desprevenidos y podemos decir o hacer algo incorrecto. En tales ocasiones, debemos buscar inmediatamente a nuestro Abogado, tal y como nos recuerda Juan: «Os escribo estas cosas para que no pequéis. Y si alguno peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesús Cristo el justo» (1 Juan 2:1). La nueva mente que se está desarrollando busca la perfección. Sin embargo, el cristiano individual no puede ser perfecto hasta que reciba un nuevo cuerpo perfecto. Como dice Juan: «Sabemos que todo aquel que ha sido engendrado [nacido] de Dios no peca» (1 Juan 5:18). Juan nos dice que los que han sido engendrados por Dios no pecan deliberadamente. No simpatizan con el pecado. Puran la vieja levadura.

COMER EL CORDERO PASCUAL

Los israelitas no fueron salvos por comer pan sin levadura, sino por la sangre del cordero pascual. Del mismo modo, el cristiano no es salvo por la santidad práctica, sino por la sangre de Jesús. Sin embargo, cualquiera que continúe en el mal y el pecado, por práctica o por principio, no tendrá verdadera comunión con Jesús y no disfrutará de su salvación. Los que reciben los beneficios del rescate y pertenecen a la asamblea de Dios deben ser santos, pero deben reconocer que su salvación es por gracia, y no por su santidad.

LAS HIERBAS AMARGAS

El cordero pascual debía comerse con hierbas amargas. Estas representan las amargas experiencias del pueblo del Señor, que están relacionadas con las experiencias de Jesús representadas en el cordero asado. «Si sufrimos [con él], también reinaremos con él» (2 Timoteo 2:12). «Debemos entrar en el reino de Dios a través de muchas tribulaciones» (Hechos 14:22). Se profetizó acerca de Jesús: «Él fue herido por nuestras transgresiones, molido por nuestras iniquidades; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus heridas fuimos sanados» (Isaías 53:5). No somos sanados por nuestra propia santidad.

El apóstol Pablo, al hablar de los sacrificios del Tabernáculo, nos dice: «Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo con su propia sangre, sufrió fuera de la puerta, como se dice: “Salgamos, pues, a él fuera del campamento, llevando su reproche”» (Hebreos 13:12, 13). Por lo tanto, debemos comer del cordero asado con las hierbas amargas de las pruebas y tribulaciones.

Con la ayuda de Dios somos capaces de crucificar nuestra carne (Gálatas 5:24). Al igual que el apóstol Pablo, estamos tratando de disciplinar nuestros cuerpos (1 Corintios 9:27). Esto debemos hacer para poder escuchar las palabras: «Bien, buen siervo y fiel» (Mateo 25:21).

Mientras Israel se alimentaba del cordero, se preparaban para un viaje. Estaban listos para salir de Egipto. Nunca más volverían a relacionarse con los

egipcios. Debían comer apresuradamente, con el bastón en la mano. Todo esto representaba cómo nuestra vida debe caracterizarse por nuestro destino futuro como coherederos con Cristo en su reino venidero. El bastón representaba nuestra dependencia, nuestro apoyo en Dios para el viaje. Todo esto fue posible gracias a la sangre del Cordero. Así como Dios nos ha unido en Cristo, también nos guiará en nuestro viaje a la tierra prometida, el Canaán celestial.

«EN MEMORIA DE MÍ»

Es costumbre en el mundo conmemorar los cumpleaños de sus héroes y grandes personajes, mientras que la fecha y las circunstancias de su muerte suelen quedar en gran medida olvidadas. Probablemente, la razón principal de esto es que los logros que los hacen grandes se limitan al tiempo que están vivos, mientras que la muerte pone fin a sus carreras. Pero con Jesús, este orden de cosas se invierte. Es cierto que millones de personas recuerdan cada año su nacimiento, pero sus instrucciones específicas eran que sus seguidores conmemoraran su muerte. No dejó ninguna instrucción sobre la celebración de su nacimiento.

Naturalmente, era esencial que Jesús naciera en el mundo como ser humano para ser el redentor de la raza caída, pero fue su muerte la que proporcionó la redención. El objetivo principal de la Primera Venida del Maestro se cumplió con su muerte. Su vida fue inspiradora; sus enseñanzas tuvieron un gran alcance en sus efectos sobre el comportamiento

humano; sus milagros fueron una bendición para quienes se beneficiaron de ellos; sus profecías proporcionaron una visión previa precisa de muchos de los acontecimientos destacados de la época; pero su misión en la Tierra habría sido en gran parte en vano si no hubiera sido por su muerte. Los logros de todos los demás hombres se han visto truncados por la muerte, pero el servicio del Maestro alcanzó su máxima eficacia a través de la muerte.

Sin duda, esta es la razón por la que es voluntad de Dios que su pueblo conmemore la muerte de Jesús. Es de vital importancia que tengamos siempre presente la necesidad de la muerte de Jesús y el hecho de que solo por ella tenemos ahora el privilegio de disfrutar de la esperanza e e de la vida a través de él. Es importante que nosotros, como seguidores del Maestro, recordemos su muerte, porque las Escrituras nos invitan a morir con él. Al igual que Jesús, el ministerio de los cristianos solo se consuma victoriosamente cuando han completado fielmente su obra de sacrificio, incluso hasta la muerte. Revelación 2:10

DÍAS MEMORABLES

Los últimos días de la vida terrenal de Jesús fueron trascendentales. Aunque él comprendía el significado de los acontecimientos que se sucedían rápidamente, sus discípulos eran en gran medida incapaces de comprender su significado. Israel estaba completamente ciego ante el hecho de que la historia más importante de todos los tiempos se estaba escribiendo entonces en Judea. Fue durante

esos días dramáticos cuando Jesús entró por las puertas de la ciudad de Jerusalén, presentándose a Israel como su Rey y Mesías predicho.

A continuación, expulsó a los cambistas del templo. Sus discípulos le preguntaron en el Monte de los Olivos acerca de las señales de su segunda «presencia y de la consumación de la era» (Mateo 24:2,3). Celebró la cena de Pascua con sus discípulos en el aposento alto. Judas negoció traicionarlo y entregarlo a las malvadas manos de sus enemigos. Hubo esa e e escena agonizante en el huerto de Getsemaní; la traición que siguió; el juicio ante el sumo sacerdote; la negación de Pedro; el juicio ante Pilato y Herodes; los azotes; las burlas; y, finalmente, la crucifixión. Estos fueron los acontecimientos que marcaron los últimos días del benefactor más noble de la humanidad. Para los discípulos significaron, primero, una gran esperanza, luego desconcierto y, finalmente, una amarga decepción. Para muchos judíos, estos acontecimientos no fueron más que las consecuencias naturales de los esfuerzos equivocados de un falso pretendiente que trató de hacerse aceptar como el Mesías prometido de Israel y que fue tratado adecuadamente por los gobernantes «legítimos» de su época. Solo Jesús comprendía lo que estaba ocurriendo, y su conocimiento contribuyó a su capacidad para soportar el juicio y terminar la obra que su Padre Celestial le había encomendado.

EL MAESTRO DESPRECIADO

Jesús nunca había sido popular entre los escribas y los fariseos. Algunos de ellos habían quedado impresionados por su comportamiento y sus enseñanzas, pero como grupo se habían mostrado hostiles hacia él desde el comienzo de su desinteresado ministerio y nunca perdían la oportunidad de hacer lo posible por predisponer al pueblo en su contra. Sin embargo, muchos de los plebeyos pensaban por sí mismos. Les gustaban las palabras amables que pronunciaba el Maestro y coincidían en que «nunca ningún hombre ha hablado como este hombre». Juan 7:46

Aún más convincentes para el público judío en general eran los muchos milagros que realizaba el Maestro. Estas beneficencias crearon un proceso de razonamiento reflejado en las palabras del ciego que había sido sanado. Él insinuó que no entendía todo lo que implicaban las grandes bendiciones que había recibido, pero sí sabía que, mientras que antes era ciego, ahora podía ver. (Juan 9:25). Muchos otros habían sido ciegos y ahora también podían ver. Además, había leprosos que habían sido limpiados; lisiados que habían sido sanados; muchos que habían sido liberados de espíritus malignos; y muertos que habían sido resucitados.

Quizás muy pocos de ellos eran capaces de comprender gran parte de lo que enseñaba el Maestro, pero sabían que los había bendecido, y sus familiares y amigos también lo sabían. Por lo tanto, un número considerable de personas en Israel

estaban bien dispuestas hacia Jesús y no se dejaban influir fácilmente por los escribas y los fariseos para unirse a un esfuerzo por quitarle la vida. Por encima de todo, estaba protegido por el cuidado providencial de su Padre Celestial, que impedía a sus enemigos llevar a cabo sus malvados designios contra él hasta que llegara el momento oportuno para que se consumara su sacrificio.

DISCÍPULOS CONVENCIDOS

Mientras tanto, mientras Jesús iba haciendo el bien y predicando el Evangelio del Reino, sus discípulos se convencían cada vez más de su posición en el plan de Dios. Cuando los llamó por primera vez para que lo siguieran, creyeron que era el Mesías prometido. Pero al ser testigos de sus milagros, al escuchar sus discursos al pueblo y al sentarse a sus pies para imbuirse más plenamente del espíritu y la profundidad de sus palabras misericordiosas, su confianza debió de cristalizarse. No es de extrañar que Pedro expresara su disposición a morir por su Maestro.

Sin embargo, los discípulos eran hombres naturales, aún no engendrados por el espíritu santo; por lo tanto, no estaban preparados para que el ministerio de su Mesías, su Señor, concluyera tan repentinamente. Incluso la sugerencia de Jesús, que al menos podría haberles advertido en cierta medida de lo que les esperaba, provocó la enérgica protesta de Pedro: «¡Lejos esté eso de ti, Señor!». (Mateo 16:22). La respuesta de Jesús a Pedro en esta ocasión contenía un profundo significado, que solo

puede ser comprendido y apreciado por los engendrados por el espíritu. Él dijo: «Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí, la hallará». Mateo 16:25

¡Qué extraño debió de sonarles esto a los discípulos! Todavía suena extraño a aquellos que no han sido iniciados por el espíritu santo en los secretos del plan de salvación del Padre Celestial. ¿Cómo es posible que alguien salve su vida perdiéndola? Jesús lo hizo al perder, o renunciar, a su vida terrenal en sacrificio. En la resurrección fue recompensado con la vida divina. Su sacrificio fue voluntario, pero una vez que entró voluntariamente en este pacto de sacrificio, su retirada habría significado la muerte eterna. Así, salvó su vida completando fielmente su sacrificio hasta la muerte.

Al perder su vida en sacrificio, Jesús también proporcionó una oportunidad de salvación para toda la raza de Adán. No es de extrañar que una característica del arreglo divino tan extraordinariamente importante como esta, y tan diferente del curso de la sabiduría humana caída, sea conmemorada por el pueblo de Dios. Los aspectos prácticos e inspiradores de la muerte del Maestro son en sí mismos motivos suficientes para conmemorar el acontecimiento. En este sentido, su muerte fue una manifestación práctica del principio del amor divino, una ilustración de lo que el amor debe hacer y hará en nuestras vidas si, como Jesús, nos dejamos gobernar por él. Si queremos ser como él, también debemos dar nuestra vida, motivados por el mismo amor que le impulsó a perder la suya por los demás.

Sin embargo, nunca debemos perder de vista el aspecto más importante del rescate de la muerte del Maestro como redentor del hombre.

ACLAMADO COMO REY

Más tarde, después de que el espíritu santo descendiera sobre los discípulos que esperaban en el Pentecostés, comprendieron estas cosas que antes les resultaban totalmente incomprensibles. Pero aunque no entendían todo lo que el Maestro les decía, continuaron siguiéndolo. Obedeciendo sus instrucciones, se pusieron en contacto con uno de sus amigos y consiguieron un pollino, y sobre él Jesús entró triunfalmente en la ciudad de Jerusalén como rey de Israel.

Los discípulos creían que Jesús era el rey de Israel, y esperaban que, en el momento oportuno, fuera necesario que se presentara como tal. La pregunta que les había suscitado la charla de su Maestro sobre la muerte quedaría ahora, al menos temporalmente, en el olvido. Así es como debían ser las cosas. Jesús era rey, y era hora de que el pueblo lo supiera y tuviera la oportunidad de aclamarlo como tal. Ahora él les estaba dando esa oportunidad, y ellos estaban a la altura de las circunstancias. Los discípulos debían de pensar que, sin duda, ¡el reino mesiánico estaba ya cerca!

Luego Jesús fue al templo, sanó a los enfermos que encontró allí y expulsó a los cambistas. Esto armonizaba bien con su entrada real en la ciudad. El espíritu de los discípulos se elevó aún más. Manifestaron su entusiasmo e e llamando la atención

de Jesús sobre las hermosas piedras con las que se había construido el templo. Es posible que tuvieran visiones del nuevo gobernante de Israel tomando pronto el control del magnífico edificio. Pero su entusiasmo fue rápidamente enfriado por Jesús, quien comentó que llegaría el momento en que no quedaría piedra sobre piedra en ese glorioso templo. Mateo 24:2

¡Qué impacto debió de ser! Sin embargo, es evidente que esto hizo que los discípulos se dieran cuenta de que aún les quedaba mucho por aprender sobre su Mesías y los planes para el reino mesiánico, ya que más tarde los encontramos con Jesús en el Monte de los Olivos, donde le preguntan sobre el tiempo y las señales de su regreso y la segunda presencia, y el establecimiento de su reino.

No tenían una idea clara de lo que realmente implicaban sus preguntas, pero, al menos en cierta medida, habían intuido por los comentarios de Jesús que el reino no estaba tan cerca como habían supuesto. Quizás ahora recordaban otras cosas que él había dicho anteriormente, como la parábola del noble que se fue a un país lejano para recibir un reino y luego regresó. En cualquier caso, querían saber más sobre aquello de lo que se daban cuenta de que sabían muy poco.

Así que le dijeron a Jesús: «Dinos, ¿cuándo sucederá esto? ¿Y cuál será la señal de tu venida [en griego, «parousia», «presencia»] y del fin del mundo [en griego, «aion», «era»]? (Mateo 24:3). De estas preguntas se desprende que los discípulos intuían, al menos vagamente, que Jesús podría separarse de

ellos durante un tiempo y que volvería más tarde para establecer su reino.

La extensa respuesta del Maestro a su pregunta es una maravillosa profecía, no solo sobre el fin de la era, sino también sobre las condiciones generales a lo largo de la era, comenzando con la caída del sistema político judío. Pero no hay razón para suponer que eso iluminó a los discípulos y los preparó para los acontecimientos que estaban inmediatamente ante ellos y ante su Maestro. No es que no quisieran saber o no intentaran aprender. Simplemente se trataba de que el hombre natural no era capaz de comprender las cosas del espíritu de Dios. 1 Corintios 2:10-14

EL CÁMARA ALTA

Las mentes de los discípulos estaban ahora muy inquietas. Cuando se reunieron en el aposento alto que había sido preparado de antemano para que participaran en la Pascua, era como si el aire estuviera impregnado de una sensación de tragedia inminente. Jesús les hizo saber que uno de ellos estaba tramando traicionarlo. Entonces llegó un , una pregunta suplicante y lastimera: «El maestro, ¿soy yo?». (Mateo 26:25). En este contexto se aprecia la noble dignidad del Maestro. Él sabía, por supuesto, que Judas era el traidor, pero no le reprendió, sino que se dirigió a él llamándole «amigo» [en griego, «camarada»]. Mateo 26:50

Los discípulos tenían mucho que aprender sobre el verdadero espíritu y la perspectiva del Maestro. Su punto de vista era totalmente humano y, en gran

medida, egoísta. Se deleitaban pensando en la gloria que sería suya cuando se asociaran con Jesús en su reino. Pensaban en ello en aquel aposento alto y discutían entre ellos sobre quién sería el más grande. Esto le dio a Jesús una nueva oportunidad para ejemplificar su humildad, así como su gran pasión por el servicio. Les lavó los pies y les explicó que el que fuera el más grande entre ellos sería el servidor de todos.

Luego hubo esa extraña pregunta sobre la posesión de espadas. Jesús quería saber cuántas tenían sus discípulos. Al asegurarse de que había dos espadas en el grupo, Jesús explicó que eran suficientes (Lucas 22:38). Quizás esta pregunta no era tan extraña para los discípulos de Jesús en ese momento como lo podría ser para nosotros ahora. Hemos aprendido a pensar en él como el Príncipe de la paz y un pacifista. Y, de hecho, lo era, ya que más tarde se desarrolló e o de que no permitiría que esas espadas se utilizaran en su defensa.

Entonces, ¿por qué preguntó a sus discípulos si tenían espadas? Ahora sabemos que estaba planeando una demostración de su no resistencia al arresto. Pedro tenía una de las dos espadas y más tarde intentó usarla para evitar el arresto de su Maestro. Esto le dio a Jesús una maravillosa oportunidad para demostrar que se entregaba voluntariamente para ser crucificado. No solo eso, sino que al curar la oreja del siervo del sumo sacerdote, que Pedro había cortado con el uso imprudente de su espada, Jesús demostró que no deseaba que nadie sufriera por su causa, aunque él

estuviera a punto de sufrir y morir por toda la humanidad.

EL PAN Y LA COPA

Jesús y sus discípulos estaban en el aposento alto para comer la cena de Pascua el decimocuarto día del primer mes de Israel, Nisán. Era la conmemoración anual de aquella noche memorable en Egipto, cuando la sangre del primer cordero pascual fue rociada sobre los dinteles y los postes de las puertas de las casas, y cuando los israelitas comieron la Pascua a salvo, mientras que los primogénitos de Egipto morían. Éxodo 12:1-14

Dios quería que su pueblo recordara la gran liberación que se había producido en relación con aquella primera Pascua, por lo que ordenó a los israelitas que la conmemoraran cada año. Pero aún más importante que su lección objetiva para Israel, aquel cordero pascual apuntaba hacia el sacrificio mucho más importante del «Cordero de Dios», que quitaría el pecado del mundo (Juan 1:29). Jesús era ese Cordero, y con sus discípulos conmemoró por última vez el sacrificio del cordero pascual típico, del que él sería la realidad.

Fue al término de esta fiesta de la Pascua cuando Jesús instituyó una nueva ceremonia para sus seguidores. Explicó que el pan representaba su cuerpo quebrantado y que el fruto de la vid simbolizaba su sangre derramada. Luego pidió a sus discípulos que participaran de ellos con la explicación de que, si continuaban haciéndolo, manifestarían su muerte. (1 Corintios 11:23-26). Era un servicio

sencillo el que el Maestro instituyó así: simplemente beber de la copa y partir y comer juntos el pan sin levadura. No pretendía ser una continuación de la cena de Pascua en una nueva forma, sino la conmemoración del sacrificio del verdadero Cordero pascual, es decir, Jesús, el Salvador del mundo.

Es dudoso que los discípulos de aquella época comprendieran muy bien lo que Jesús les dijo acerca del pan y la copa. Entonces no se dieron cuenta de que era necesario que Jesús muriera para que ellos pudieran tener vida y disfrutar del privilegio de reinar c o con él. No comprendieron que su reino estaría muy lejos de proporcionar las bendiciones prometidas por Dios a menos que se encontrara una manera de anular la sentencia de muerte, que estaba enviando a toda la humanidad a la tumba.

Ignoraban aún más el hecho de que, si querían vivir y reinar con Cristo, sería necesario que sufrieran y murieran con él. Sin embargo, el pan y el vino representaban un privilegio adicional para todos los verdaderos seguidores de Cristo. Recibimos las bendiciones de la vida que nos proporcionan su cuerpo quebrantado y su sangre derramada, y también tenemos el privilegio de seguir sus huellas de sacrificio y servicio. Qué comunión o compañerismo tan bendito es el nuestro. 1 Corintios 10:16, 17

CANTARON UN HIMNO Y SALIERON

El relato indica que después de que Jesús instituyera la conmemoración de su muerte, salieron inmediatamente del aposento alto y se dirigieron a

Getsemaní. El corazón del Maestro estaba demasiado lleno y los discípulos estaban demasiado cansados para quedarse a seguir discutiendo. Hubo algo de conversación mientras caminaban lentamente fuera de la ciudad hacia el huerto. Fue entonces cuando Pedro afirmó su disposición a morir por su Maestro y dijo que lo haría aunque todos los demás lo abandonaran. Y Pedro lo dijo con todo su corazón, como demostró más tarde en su vida.

Al entrar en el huerto de Getsemaní, Jesús invitó a Pedro, Santiago y Juan a apartarse y velar con él. Pensó que ellos estarían dispuestos a orar con él, pero no pudieron. Se retiró más adentro para orar. «Si es posible, que esta copa pase de mí», fue su súplica al Padre, «pero no como yo quiero, sino como tú quieres». (Mateo 26:39). No debemos suponer que Jesús, ni siquiera por un momento, albergó el deseo de violar el pacto de sacrificio. Sabía que era la voluntad del Padre que muriera, y estaba decidido a cumplir esa voluntad.

Quizás el Maestro no se había dado cuenta hasta ese momento de que su muerte iba a ser tan ignominiosa, que iba a ser acusado de blasfemia y traición. Para alguien que no había hecho más que el bien, que había honrado a su Padre Celestial en cada uno de sus pensamientos, palabras y acciones, estas eran acusaciones desgarradoras. Estaba contento de morir como el redentor del mundo, pero ¿era la voluntad del Padre que también sufriera de estas otras maneras? Lo era, y, seguro de ello, Jesús estaba tranquilo y contento.

Se nos dice que Jesús estaba preocupado y que fue escuchado por su devoción (Hebreos 5:7). No debemos suponer que temía morir. Pero es importante recordar que el Maestro había arriesgado su propia existencia cuando hizo el pacto de sacrificio con su Padre (Salmo 50:5). Si no hubiera sido fiel, no habría habido resurrección para él. Por lo tanto, era la muerte eterna lo que le preocupaba, y sin duda por eso se sintió reconfortado, al asegurársele que su Padre seguía «complacido» con él (Mateo 3:17; Juan 12:27, 32). Bendecido con esta seguridad, Jesús se resignó a toda la ignominia y la vergüenza que tan inmerecidamente se le habían impuesto.

En lo que respecta a la ayuda humana, el Maestro tuvo muy poca durante las últimas horas de su vida terrenal. Esto no se debió a que sus discípulos fueran indiferentes. Pedro, Santiago y Juan parecían ser los más cercanos a él, y Pedro ciertamente demostró su disposición a ayudar. Pero estos hombres de mentalidad natural eran totalmente incapaces de comprender la prueba por la que estaba pasando su Maestro. Sin embargo, donde falló el brazo de la carne, el Padre Celestial lo sostuvo y le dio consuelo. Jesús se sentía tan seguro de que su Padre estaba siempre cerca y dispuesto a ayudarlo, que le dijo a Pedro que si lo deseaba podía pedirle la protección de doce legiones de ángeles y que su petición sería concedida. Mateo 26:53

EL HIJO DE DIOS

Al salir de Getsemaní, Jesús y los discípulos se encontraron con la multitud que había salido de la

ciudad para arrestarlo, a él, que estaba destinado a ser el Rey de reyes. El Maestro se entregó voluntariamente, diciendo a los líderes de la multitud que él era a quien buscaban. Hubo el beso traicionero de Judas, el valiente aunque desacertado esfuerzo de Pedro por rescatar a su Maestro de sus enemigos, y luego lo llevaron apresuradamente al tribunal para ser interrogado por el sumo sacerdote.

El sumo sacerdote Caifás le preguntó a Jesús: «¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?» (Mateo 26:57, 63; Marcos 14:61). Jesús respondió: «Tú lo has dicho», sabiendo que esta respuesta, a los ojos del sumo sacerdote, lo haría merecedor de la pena de muerte (Mateo 26:64). Desde el comienzo de su ministerio, el Maestro fue desafiado sobre la cuestión de si era el Hijo de Dios. Satanás le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate» desde la cima del templo (Mateo 4:5, 6). Jesús sabía que era el Hijo de Dios. Para él no había ninguna duda que pudiera ser eliminada por una demostración tan espectacular como la que sugería Satanás. Cuando fue bautizado, se le dio la seguridad de su filiación cuando se oyó la voz de Dios diciendo: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mateo 3:17).

Varios meses antes de que el sumo sacerdote volviera a plantear esta pregunta en aquella memorable última noche del ministerio terrenal del Maestro, él había recibido una seguridad similar de su filiación. Esto ocurrió en el Monte de la Transfiguración, cuando volvieron a oírse aquellas palabras que alegraban el corazón: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd».

(Mateo 17:5). El Padre Celestial tiene medios maravillosos para preparar a su pueblo para las pruebas, y qué fortaleza debió de darle a Jesús esta nueva seguridad cuando más tarde se presentó ante aquel sumo sacerdote celoso y prejuicioso que le preguntó si era el Hijo de Dios. En la mente de Jesús no había ninguna duda sobre su filiación, y, sabiendo cuál sería el resultado, afirmó la verdad. No es fácil mantenerse firme en la verdad cuando hacerlo significa la muerte; pero Jesús lo hizo, y con ello nos dejó un ejemplo para que sigamos sus pasos.

Jesús, el rey

Finalmente, el Maestro fue llevado ante Pilato. Como representante de César, Pilato no estaba interesado en las acusaciones religiosas que los judíos habían hecho contra Jesús. Ellos lo sabían muy bien, por lo que le acusaron de que el Maestro afirmaba ser rey. Si esto fuera cierto, para Pilato significaría que Jesús era un rival potencial de César y, por esa razón, tendría que ser condenado a muerte.

Los prejuicios religiosos ciegan a las personas ante la verdad y les impiden hacer una valoración adecuada de las virtudes y los pecados de los demás. Pilato no tenía prejuicios religiosos contra el Maestro; por lo tanto, tras examinar el caso, descubrió que las acusaciones presentadas contra él carecían de fundamento. Según su punto de vista, aunque Jesús afirmara ser rey, se trataba simplemente de un concepto religioso que, en ningún sentido real, lo convertía en un contendiente al trono romano. Por lo tanto, Pilato deseaba liberar al

Maestro, pero la multitud enfurecida y cegada por los prejuicios no se lo permitió.

Jesús había reconocido ante Pilato que los judíos tenían razón al decir que él era rey: «Para esto he nacido y para esto he venido al mundo», fue su respuesta al representante de Roma cuando le hicieron la pregunta. (Juan 18:37). ¡Y qué rey! Tuvo tres años y medio para reclutar los servicios de aquellos que estuvieran dispuestos a luchar por él, pero no hizo ningún esfuerzo por crear un ejército. Jesús había impedido incluso que su fiel servidor, Pedro, utilizara una espada en su defensa. En cambio, este Rey de reyes estaba muriendo voluntariamente por sus futuros súbditos. ¡No es de extrañar que se conmemorara una muerte así! Coronaron a este rey del amor con espinas. Le escupieron y se burlaron de él. Le hicieron cargar con su propia cruz y, finalmente, le clavaron en ella para que muriera. Sobre su cabeza, por orden e e de Pilato, colocaron la inscripción: «Este es el rey de los judíos». (Lucas 23:38). Pilato quería que el mundo supiera que este hombre excepcional estaba muriendo porque los judíos lo odiaban y lo habían rechazado como su rey. Pero desde el punto de vista de Jesús, él estaba muriendo como el Salvador del mundo. Para él, las circunstancias que provocaron su muerte no tenían importancia.

Mientras estaba colgado en la cruz, los que estaban cerca gritaban: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». (Mateo 27:40). Era el mismo desafío que Satanás le había lanzado al Maestro más de tres años antes. Entonces se había negado a hacer nada

para demostrar a los demás que realmente era el Hijo de Dios, y tampoco cedió a la tentación de hacerlo ahora, colgado en la cruz. No había más razón para hacerlo que para permitir que Pedro usara la espada para defenderlo.

Los principales sacerdotes y los escribas se burlaban entre sí diciendo: «A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar» (Mateo 27:41, 42). ¡Ah, cuán poco se daban cuenta de que al negarse el Maestro a salvarse a sí mismo, estaba proporcionando la salvación para ellos y para todas las familias de la tierra! Esta es la gran lección que deben aprender todos los que obtienen la vida eterna. Por eso Jesús quiere que conmemoremos su muerte. Es importante que se nos recuerde así la fuente de nuestra salvación, para que podamos permanecer humildes ante Dios y darnos cuenta de la magnitud de nuestra necesidad, la necesidad que se satisface mediante su muerte.

Para que Jesús ocupara plenamente el lugar del pecador, era esencial que el Padre Celestial le retirara su favor por un momento. Fue entonces cuando el Maestro clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Marcos 15:34). Pero cuando finalmente murió, lo hizo con plena confianza: «En tus manos encomiendo mi espíritu», fueron sus últimas palabras, y su ministerio terrenal terminó, completado triunfalmente con la muerte. (Lucas 23:46). Como seguidores del Maestro y como miembros del Cuerpo de Cristo, es nuestro privilegio sacrificarnos también (Romanos 12:1). Y cuando conmemoramos su muerte, también reafirmamos

nuestra determinación de seguir fielmente sus huellas.

Muchos, incluidos los cristianos profesos, no se dan cuenta de que el sufrimiento de Cristo continúa en los sacrificios diarios que hacen sus seguidores, ya que están «plantados juntamente en la semejanza de su muerte» (Romanos 6:5). Pero así ha sido como ha funcionado el plan de Dios durante la edad evangélica.

Cada año, en la fecha de la conmemoración de la muerte de nuestro Señor, después de la puesta del sol, muchos de los hijos del Señor en todo el mundo se reunirán en sus respectivas localidades y recordarán de nuevo el maravilloso regalo del amor de Dios, es decir, a Jesús, «el Cordero e , que fue inmolado desde la fundación del mundo» (Apocalipsis 13:8). (Revelación 13:8). Al mismo tiempo, volverán a dedicar sus vidas a seguir más fielmente las huellas del redentor, regocijándose en el privilegio del sacrificio y el servicio, para poder vivir y reinar con él. Romanos 6:5, 8; 8:17

SU LIBERACIÓN Y LA NUESTRA

No había cadenas de radio ni de televisión para transmitir la noticia, ni periódicos ni medios electrónicos para titular el trágico hecho que estaba ocurriendo aquella tarde del catorce de Nisán, más de un milenio y medio antes de la primera venida de Cristo, aquella noche en Egipto en la que murieron los primogénitos de todas las familias egipcias. Tampoco es probable que la difusión de tales noticias hubiera tenido algún valor, ya que todas las familias

del país estaban tan preocupadas por su propio dolor que es dudoso que se hubiera prestado mucha atención a la difícil situación de los demás. El ángel de la muerte no hizo acepción de personas, pues tanto el primogénito del faraón como el del egipcio más humilde del país fueron abatidos aquella noche hace tantos siglos.

Es una historia antigua, pero su significado para el pueblo de Dios se vuelve más vital con cada año que pasa. No es tanto el hecho de que murieran los primogénitos de Egipto lo que nos preocupa, sino que los primogénitos de Israel se salvaron de la mano destructora que pasó por el país aquella fatídica noche. Para ellos, fue una noche de liberación: la liberación de los primogénitos de la muerte y la liberación de todo Israel de la esclavitud egipcia al día siguiente.

Y así, el catorce de Nisán, como se ha hecho cada año desde entonces, el pueblo del Señor en toda la tierra recuerda de una manera muy especial su esperanza de liberación como la antitípica «iglesia de los primogénitos», y se regocija en su perspectiva de la liberación del mundo de la humanidad de la esclavitud del pecado y la muerte, que comenzará en la mañana de ese glorioso día del nuevo reino. Hebreos 12:23

EL CORDERO PASCUAL

Este es el trasfondo del pensamiento que ayuda a enfatizar el significado de la Cena de la Conmemoración del Señor para aquellos que se regocijan en la verdad presente. Todos recordamos

la emocionante historia de cómo los primogénitos de Israel fueron salvados en aquella noche de Pascua original. Fue porque habían obedecido las instrucciones de Dios, dadas a través de Moisés, instrucciones que exigían el derramamiento de la sangre del cordero pascual. Cada familia de los hebreos tenía que demostrar su fe en el poder salvador de esa sangre aplicándola a los postes y dinteles de sus casas. Cualquier familia que no lo hiciera sufría junto con los egipcios.

Ahora sabemos, por supuesto, que no había ningún poder salvador inherente a la sangre de ese cordero pascual típico, sino que el Señor simplemente estaba proporcionando una ilustración de la maravillosa provisión para la salvación a través del don de su amado Hijo. Con este pensamiento en mente, cuán conmovedoras son las palabras de Juan el Bautista acerca de Jesús: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). (Juan 1:29). El aguijón de la muerte comenzó a asolar a la raza humana en el jardín del Edén, y la única manera de eliminar esta plaga era mediante el derramamiento de sangre, no la sangre de un cordero, ni de toros y cabras, sino la preciosa sangre de Jesús, el que se convirtió en el sustituto perfecto de la vida perdida del padre Adán. Hebreos 9:11, 12

LA CONMEMORACIÓN DE NUESTRO SEÑOR

Durante más de tres años, después de que Juan lo identificara como el «Cordero de Dios», Jesús trabajó y sirvió, dando su vida por el pueblo. Y ahora había llegado el momento en que su sacrificio iba a

consumarse, en que iba a ser sacrificado como el verdadero Cordero Pascual, un sacrificio necesario para proporcionar la liberación tanto a la iglesia como al mundo. Por lo tanto, organizó una reunión con sus discípulos en un «cenáculo», para compartir con ellos, por última vez, la fiesta anual de la E , que conmemoraba las circunstancias de aquella noche de Pascua original en Egipto. Mateo 26:17-20

Una vez terminado esto, Jesús tomó pan y fruto de la vid e instituyó una nueva ordenanza, una de las dos únicas que se imponen a sus seguidores, siendo la otra el bautismo en agua, pero ambas son meros símbolos. Dio el pan a sus discípulos y los invitó a participar de él, explicándoles que representaba su cuerpo. Del mismo modo, tomó la copa y les explicó que representaba su sangre, y que su sangre sería derramada por ellos. Mateo 26:26-28

Esto no pretendía ser una nueva forma de la Pascua. En lo que respecta a Jesús y sus seguidores, la conmemoración anual de la Pascua llegó a su fin esa noche. Era simplemente un tipo, o sombra, que apuntaba a Jesús y al derramamiento de su sangre, y ahora que él había venido y estaba a punto de ser sacrificado por los pecados del mundo, no tenía sentido continuar con la ceremonia de la Pascua. Lo que Jesús impuso a sus discípulos tenía como objetivo conmemorar su muerte y recordar a sus seguidores lo que significaba para ellos y la parte que iban a tener con él como «iglesia de los primogénitos».

Cuando pensamos en la sangre derramada de Jesús y en su cuerpo quebrantado, representados por el

«pan» y la «copa», nos ayuda a darnos cuenta del hecho bendito de que él dio su vida por nosotros, que derramó su alma hasta la muerte. ¡Cuán agradecidos debemos estar por esto! De hecho, un pensamiento que debemos esforzarnos por tener presente en la conmemoración anual de la Cena del Señor, y siempre, es el de la gratitud: gratitud por el amor de Dios al dar a su Hijo para que muriera por nosotros, y gratitud por la fidelidad de Jesús al dar su vida como nuestro redentor.

La única manera de mostrar nuestro agradecimiento por cualquier regalo es aceptarlo y utilizarlo; y esto es lo que debemos hacer con el regalo de Dios. Debemos aceptar a Jesús y utilizar el mérito de su vida sacrificada tal y como está previsto en el plan divino. La plena aceptación de Jesús, representada en la participación de los emblemas de la conmemoración, implica la entrega completa de nuestra voluntad para hacer su voluntad, la aceptación de él como nuestra Cabeza. Entonces aprendemos que su voluntad para nosotros es que entreguemos nuestras vidas en sacrificio, como él lo hizo.

COMUNIÓN

En consonancia con este pensamiento, el apóstol Pablo explica que nuestra participación en el pan y la copa representa una comunión y participación comunes, una comunión, en la obra sacrificial de Cristo. Es un pensamiento que nos hace reflexionar, pero que debería inspirarnos a una gran diligencia en el servicio al Señor, ya que es sobre esta base que

tendremos el privilegio de vivir y reinar con él.
Romanos 8:17, 18

Cuando participemos de los emblemas de la conmemoración este año, tengamos presentes estos pensamientos. Pensemos en la gran liberación que representa para nosotros y para el mundo de la humanidad, como lo presagió la experiencia de Israel en Egipto. Regocijémonos por la protección que nos brinda la sangre como miembros de la clase de los primogénitos, y por la parte que tendremos con Jesús en la liberación de toda la humanidad del pecado y la muerte en ese gran día que sigue a la noche de la Pascua: la edad evangélica. ¡Qué perspectiva tan bendita!

Al pensar en el sufrimiento por el que pasó Jesús para comprar esta liberación —la gran contradicción de los pecadores que se acumuló sobre él, las burlas, los azotes, la crueldad de la cruz—, que nuestros corazones respondan con una determinación más firme de serle fieles sin importar el costo. Es necesario poner nuestro rostro, como declaran las Escrituras, «como una piedra», para seguir sus huellas de sacrificio y sufrimiento hasta la muerte, sabiendo que el Señor nos ayudará en todo momento de necesidad. Isaías 50:7

Todos debemos vivir cada día como si fuera el último. Si lo hacemos, nos esforzaremos, como los santos de Dios, por cumplir nuestros votos de consagración, sacrificando la carne e e y sus intereses, y poniendo nuestro afecto en las cosas de arriba.

Que la Cena de la conmemoración nos encuentre cada año más cerca del Señor que nunca, y más agradecidos por todo lo que su sangre significa para nosotros y significará para toda la humanidad.